

# EL DEFENSOR DE GRANADA

AÑO  
XXXII

**TARIFA DE SUSCRIPCIONES.**  
En Granada, un mes, seis reales.—En el resto de la Península, tres meses, cinco pesetas.—En el Extranjero, seis meses, 18 francos.—(La de fuera, pago adelantado).  
**TARIFA DE ANUNCIOS.**  
Oficiales y de espectáculos, por cada centímetro de altura, al ancho de una columna: En primera plana, 15 ptas.; en 2.ª, 10; en 3.ª, 7.50; en 4.ª, 5.—Los demás anuncios, cada centímetro id.: En primera plana, 8; en 2.ª, 1.50; en 3.ª, 1; en 4.ª, 0.30.

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Decano de la Prensa diaria de esta Provincia  
Fundador y Director, Luis Seco de Lucena

**TARIFA DE ESQUELAS MORTUARIAS.**  
Esqueles al ancho de una columna: en 1.ª, 50 ptas.; en 2.ª, 25; en 3.ª, 10; en 4.ª, 5.—Al ancho de dos: en 1.ª, 100; en 2.ª, 50; en 3.ª, 25; en 4.ª, 10.—Al ancho de tres: en 1.ª, 250; en 2.ª, 125; en 3.ª, 50; en 4.ª, 15.—Al ancho de cuatro: en 1.ª, 500; en 2.ª, 250; en 3.ª, 150; en 4.ª, 30.—Al ancho de cinco: en 1.ª, 1.000; en 2.ª, 500; en 3.ª, 250; en 4.ª, 150.—Al id. de seis y siete se publicarán, 6 no, 4 juicio de la Dirección.  
**TARIFA DE COMUNICADOS.**  
De dos a cien pesetas línea, a juicio del Director.

Núm.  
15.292

OFICINAS: Reyes Católicos, 8, principal.

Número de Navidad, correspondiente al día 25 de Diciembre de 1910.

TALLERES: Paco Seco de Lucena, 11.

## La fiesta de Navidad.

La fiesta de Navidad conmemora la fecha en que nació el Hijo de Dios que vino a la tierra para redimir al hombre, que bajó hasta el esclavo y rompió sus cadenas, que predicó la pobreza, porque era hijo de artesano, que proclamó la igualdad y la fraternidad, porque era el apóstol de la ley divina.

Aquel Niño nacido a la intemperie en noche eruenta de invierno, viene a consolar a los que padecen, y a exaltar a los humildes; es el que ha de cenir corona de espinas y perecer sobre infamante leno que al convertirse en lábaro del imperio romano lo destruye y aniquila, salvando a los infelices esclavos que al soltar sus cadenas sienten nacer en su alma el soplo divino que les arranca de la abyección y les convierte en heraldos de la futura civilización.

La fiesta de la Natividad del Señor, es la santificación del hogar doméstico, es por excelencia la fiesta de la familia que constituye una de las más sublimes manifestaciones de la vida social.

La familia es el santuario de nuestras creencias, de nuestros gozos, de nuestras alegrías y de nuestros dolores.

La familia es el arca santa en la que depositamos los secretos de nuestro corazón y las revelaciones de nuestra conciencia.

El hogar doméstico es el altar ante el cual nos despojamos de las falsas vestiduras que la sociedad nos impone y peregrinos errantes por el desierto de la vida; la familia es el oasis donde recuperamos las perdidas fuerzas, donde encontramos nuevos alientos para seguir luchando por la existencia; el hogar doméstico es el nido santo de nuestros amores divinizado por la mujer, por la esposa, por la madre y por los hijos que son los ángeles custodios del paraíso donde olvidamos las penalidades de la vida.

Los sentimientos de familia forman el principal resorte de la actividad humana y constituyen el acicate más poderoso para llevar a cabo esas colosales empresas que son asombro del mundo. En la familia existe algo de ideal y de misterioso que la envuelve en una gasa de sublime poesía, que la separa de la materialidad de las demás instituciones mundanas y la coloca en las regiones del espíritu; la familia es el templo en que por algunas horas podemos gustar la vida del sentimiento, ya que la mayor parte del día estamos condenados a la dura ley del trabajo.

La fiesta de la Natividad de Señor santifica cada año este saludable amor al hogar doméstico que en vano pretenden destruir los demagogos del orden social.

Afortunadamente en España la clase obrera adora en la familia. El obrero español tiene corazón, tiene nobles sentimientos. Los hombres de nuestra tierra gozan en el hogar doméstico y nuestros obreros especialmente sienten idolatrar cariño por la esposa y por los hijos que les consuelan en sus penas, que les alientan en el infortunio y que con ellos comparten las alegrías.

Bendita sea, pues, la fiesta de Navidad que viene a robustecer, a dar vida y calor a la familia que es la base sobre que descansa todo el edificio social.—E. D.

## El divino Virgilio.

No he podido nunca menos de experimentar la más sincera emoción, cuando al recorrer las páginas de las *Eglogas* de Virgilio, se han encontrado mis ojos con la cuarta titulada *Polión*, por estar dedicada a este personaje. En tal el solemne acento que desde sus primeros versos adopta

*Sicilian Muses, paulo majora canamus, Nos omnes arbusta perant huiusmodi myricas Si cantamus silvas, silvas sint cunctis dignas.*

«Oh Musas Sicilianas, cantemos asuntos un poco más elevados; no a todos gustan los árboles, y los humildes tamarices. Si cantamos a las selvas sean selvas dignas de un consal». —tan grande el espíritu profético que en ella se respira, tan magníficos y entusiastas sus argumentos que no puedo conformarme con que esta *egloga* sea una de tantas al lado de sus hermanas, destinadas a encerrar sencillas pinturas de la naturaleza, o blandas quejas amorosas o palabras de adulación para los poderosos amigos del poeta. Tememos demasiado, y no os traducié la obra entera; fijaos en que esto se escribía pocos años antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Ya ha llegado la última edad del

vaticinio de la Sibila de Cumas; una larga serie de siglos comienza de nuevo. Ya vuelve la virgen y el reinado de Saturno. Ya una nueva descendencia es enviada desde el alto cielo. Y tú, oh casta Lucina, favorece al niño que va a nacer, con el cual acabará enseguida la edad de hierro, y una edad dorada surgirá para todo el mundo. Y esta gloria del siglo, empezará precisamente siendo tú, oh Polión, siendo tu consal... Deshechos los rastros de nuestra

maldad, si algunos quedan, libráranos a las tierras de un continuo temer... A ti, oh niño, la tierra te ofrecerá sin ningún cultivo sus primeros regalos; por todas partes yedras trepadoras, con siemprevivas, y colocadas mezcladas con el risueño acanto. Las esbeltas traerán por sí mismas a casa las ubres llenas de leche, y los ganados no temerán a los leones. Tu cuna producirá suaves flores, y exterminará a la serpiente, y a la engañosa hierba de veneno... Las Pareas, concordes, por decreto constante de los hados, dijeron a sus husos, «apresurad los siglos que habéis de ser tales».

Vástago amado de los dioses, honra del linaje de Júpiter, recibe los grandes honores; ya llegará el tiempo. Mira el mundo, vacilante con su redonda mole, y las tierras, y el extenso mar, y el profundo cielo; mira como todas las cosas se alegran con la edad que ha de venir. Oh, quedeme la última parte de la vida tan larga, y el aliento, y cuanto sea suficiente para cantar tus hazañas... Empieza, oh tierno niño, a conocer a tu madre por la risa... A aquel a quien no sirvieron sus padres, ni el Dios le tiene por digno de su mesa, ni la diosa le honra con su tálamo.

¿A que niño podían referirse estos vaticinios? Preguntádoselo a los críticos, y unos os dirán que a un hijo del mismo Polión, (de quien no se sabe que esperara entonces ninguno); otros lo aplican al niño que Octavia llevaba en su seno al casarse con Antonio; unos terceros han creído que aludían a las nupcias celebradas a la sazón entre Octavio y Escribona; y finalmente, no ha faltado quienes los atribuyeran a sucesos políticos de tan escasa significación, o menor aún, para la vida futura del pueblo romano, que los sucesos particulares ya dichos y que no no justifican de ningún modo el ardor y entusiasmo que el poeta demuestra. Los Santos Padres aplicaron todo este canto a la venida del Mesías; Constantino, entendiéndolo así, lo recitó traducido al griego en la oración que pronunció ante los obispos reunidos en Basilea; la Edad Media, que atribuyó además a Virgilio propiedades nigrománticas, interpretó su *Egloga IV* del mismo modo como nos lo demuestra Dante en el Capítulo XXII de su *Purgatorio*. Y si la elevada filosofía que resplandece al lado de las señales de la corrupción de los tiempos, en las demás obras del poeta de Mantua, no basta para suponer que este fue iluminado por el Divino Verbo, creemos al menos que cantó lo que no conocía, y que Dios al inspirarle hizo de él un juguete de los designios de su Providencia.—A. A.

## El Nacimiento en el arte

La Pintura, sobre todo desde la época del Renacimiento, gustó de representar el Nacimiento del Hijo de Dios. Fue asunto predilecto de pintores místicos y expresivos, como los flamencos; lo fue también de pintores realistas, como los españoles. Unos trataron con predilección el momento en que los reyes de Oriente, con todo su boato y riqueza, se postran ante el humilde recién nacido; otros prefirieron representar la adoración de los pobres pastores. Son numerosísimas las obras de pintura de uno y otro asunto que se conservan. Pero circunscribiéndonos a nuestro rico Museo Nacional, vamos a mencionar las obras principales de ese asunto o de ambos asuntos, si se quiere, para que pueda apreciarse el distinto modo de representarlo que tuvieron las distintas escuelas de autores.

De los italianos que en cuadros famosos de colecciones extranjeras dejaron valiosas muestras del modo rico, animado y grandioso que tuvieron de concebir y expresar el Nacimiento como fiesta sin par del cielo y de la tierra, hay pocas representaciones en nuestro Museo. Acaso la más importante sea el magnífico cuadro en que el veneciano Palma el Viejo, émulo y condiscípulo de Giorgione y del Ticiano, representó, con singular encanto de color, *La adoración de los pastores*, los cuales presentan frutas y un cabrito al niño Jesús, el cual, sentado en las rodillas de su Madre, quiere acar-

ciarlos. Esta nota tierna y la alegría que impera en la composición, cuyo fondo es un ruiseño paisaje; caracterizan bien el modo italiano de tratar este asunto.

De Pablo Veronés posee nuestro Museo una hermosa *Adoración de los Reyes*, en la que el portal de Belén es un cobertizo colocado junto a unas ruinas romanas, bajo el que está la Virgen sentada, con el niño Jesús en el regazo, ante el cual se ven postrados dos magos y el tercero en pie aguarda su vez.

un magnífico cuadro en la serie italiana del Prado. Es debido al gran Ticiano, que parece lo pintó para su amigo Ferdinando Sónica. Representa un descanso de los fugitivos al pie de un árbol, donde el Bautista y un ángel ofrecen frutas al Niño Jesús.

De la escuela flamenca guardamos dos notabilísimos cuadros representando la *Adoración de los Reyes*. El más antiguo, debido a Memling, es la parte central del precioso tríptico llamado en antiguos inventarios *Oratorio de Carlos V*. El portal de Belén es un

en fantasía y boato al desarrollar este asunto, fué Rubens, de quien es este lienzo, el más importante de los muchos que poseemos. Perteneció, por cierto, al famoso cuanto desventurado valido D. Rodrigo Calderón, en la almoneda de cuyos bienes lo adquirió Felipe IV, siendo después el cuadro anadido y agrandado por el mismo Rubens en Madrid. Todo el mundo conoce este soberbio cuadro, que mide tres metros y medio de altura y cerca de cinco de longitud, y en el que llama la atención la pompa de aquellos re-

claroscura que presta vivo efecto a la nota clara y más brillante de la misma; cabeza del Niño Jesús y el busto de la Virgen por el alumbra, que forma un grupopencantador. Los pintores españoles trataron, por modo singular este asunto. Citaremos entre sus primeras representaciones sin fecha un cuadro de Pantoja de la Cruz, que debiendo sin duda ser regio capricho representó en los pastores personajes de la familia de Felipe III. El gran Velázquez nos ha dejado en su *Adoración de los Reyes* muestra

al cuerpo, como era manera entonces, parece ser su propia hija mayor. Los Reyes son simplemente caballeros de entonces; con sus anchos cuellos.

El pintor español, que sin apartarse del canon realista trató, con más piedad, el Nacimiento, fué Murillo. Véase el magnífico lienzo, que representa la *Adoración de los pastores*. Dentro del establo, aparece María arrodillada junto al pesebre en que aparece el Niño Jesús, le descubre a la fervorosa admiración de los sencillos pastores que ante él se postran y que le traen un cordero de ofrenda. San José, en segundo término, contempla al Niño. Este cuadro, digno compañero del encantador de la *Sacra Familia*, conocido por el del pajarito, representa de un modo acabado el realismo con que la escuela española se acercó más que ninguna a la representación del hecho.

José Ramón MÉLIDA.

## Villancicos clásicos

En nuestra poesía lírica se encuadra muy rara vez, como en el resto de nuestra literatura, la expresión sencilla y espontánea de la alegría sana, expansiva e ingenua.

Sin embargo, casi todos nuestros poetas clásicos escribieron villancicos, canciones y glorias a la Natividad, el dulce misterio cuya unión es tan grande y comunicativa que aun los más graves y cortesanos poetas del siglo XVII les prestó una retzona ternura infantil y un fervor rústico y alborzado.

Esas composiciones son un caso aparte en nuestra poesía clásica. Tan desusada delicadeza, tanta gallardía contienen.

Para deleite del lector, y por si gusta sustituir con ellos los villancicos monos o groseros que suelen andar en boca de la gente menuda, aprendidos de papeles de ciegos, reproducimos a continuación algunos de los que sor gala de nuestra literatura clásica:

De Valdivieso

Atabales tocan—En Belén, pastor;  
Trompeticas suenan;—Alegre el son.  
De donde la aurora—Abre su balcón  
Y saca risueña—En brazos al sol,  
Vienen Baltasar—Gaspard y Melchor,  
Preguntando alegres—Por el Dios de amor  
Todos traen presentes—De rico valor,  
Oro, incienso y mirra—Al Rey, Hombre  
y Dios.

Atabales tocan—En Belén, pastor,  
Trompeticas suenan;—Alegre el son.  
La virginal Madre—Del Rey Salomón  
Para la visita—De fiesta salió.  
De estrellas se puso—Un apretador,  
Y un manto de lustro—Con puntos del sol.

Para los chapines,—Que bordados son,  
Virillitas de plata—La luna le dió.  
Atabales tocan—En Belén, pastor;  
Trompeticas suenan;—Alegre el son.  
De la tierra y cielo—Sacó lo mejor,  
En el Agnus Dei—Que al cuello colgó.  
Llora el Niño hermoso,—Del hielo al rigor.

Mas dándole el pecho—Luego le acalló.  
Aunque le ven pobre—Y le dan por Dios  
Saben que Juez—Volverá mejor.

Atabales tocan—En Belén, pastor;  
Trompeticas suenan;—Alegre el son.

De Francisco de Avila.

¡Portallito divino.—Cuán bien pareces!

¡Oh el Niño chiquito, bonito—Que nos ofrezcas.

¡Dulce portallito.—Lleno de mil perlas.

¡Quien pudiera haberlas—Para quedar (rico).

Tus bienes publico.—Pues también padezcas.

¡Oh el Niño chiquito, bonito,—Que nos ofrezcas.

En tu cuadra bella—Yace el claro sol,

Que con su arbol—Da gran luz en ella;

Con tan clara estrella—Cielo me parecés,

Con el Niño chiquito, bonito,—Que nos ofrezcas.

Niño Dios divino.—Vine a ti del cielo,

De bajo de un velo—Raro y peregrino.

Y en este camino—El alma enriqueces,

Con el Niño chiquito, bonito,—Que nos ofrezcas.

ANÓNIMO.

Ojos hace el cielo—Todas sus estrellas  
por mirar con ellas—A Dios en el suelo.  
Páranse a mirar—Planetas y signos  
Misterios tan dignos—De considerari;

Y ojos hace el cielo—Sus cabrillas bellas  
por mirar con ellas—A Dios en el suelo.  
El norte, admirado—La bocina toca,  
Y a mirar provoca—Al verbo humanado,  
Y ojos pide al cielo—Haga sus estrellas  
por mirar con ellas—A Dios en el suelo.

De Alvarez Soto.

Venida es, venida—Al mundo la vida.  
Venida es al suelo—La gracia del cielo,  
A darnos consuelo—Y gloria cumplida.  
Nacido ha en Belén—El que es nuestro

(bien).  
Venido es en quien—Por él fué escogida.  
En un portallejo.—Con pobre aparejo,  
Servido de un viejo,—Su guarda es

(cogido).  
La piedra preciosa—Ni la fresca rosa  
No es tan hermosa—Como la parida.  
Venida es, venida—Al mundo la vida.



La Noche Buena, copia del famoso cuadro de E. Zimmermann.

No hay que decir que el mayor atractivo de esta obra es el colorido.

Hay en nuestro Museo otros dos cuadros italianos menos importantes. Uno de ellos, que representa la adoración de los Reyes, es un magnífico edificio arruinado, lleva la firma de Francesco da Ponte, el Bassano. El otro cuadro, que por cierto está pintado sobre mármol rojo y representa la adoración de los pastores, es original de Pedro de Cortona.

De un asunto relacionado con el Nacimiento, la huida de Egipto, hay

restos de construcción que parece ábside de iglesia, por cuyos ventanales se ven un bello paisaje. En el medio aparece la Virgen sentada, con el Niño Jesús entre las rodillas; San José en segundo término. Uno de los Reyes se inclina a besar los pies del recién nacido; otro fardollado ofrece una copa de oro; el rey negro avanza con otra copa, lujosamente ataviado. El espíritu de la obra, el fino gusto y la delicadeza de factura avaloran singularmente esta joya pictórica.

Pero el artista que excedió a todos

yes vestidos de espléndidos brocados y con lujoso acompañamiento de pajes y esclavos. La brillantez y riqueza desusadas del colorido y el espíritu decorativo de esta brillante composición cautivan al contemplador.

El pintor bohemio Antonio Rafael Mengs, que tantos recuerdos dejó de su fecunda labor entre nosotros, dejó entre ellos un lienzo importante también, que representa la *Adoración de los pastores*, en figuras de tamaño mayor que el natural, avaloradas por la corrección del dibujo y la fuerza del

acabada del modo realista que mejor cuadraba al arte español para representarlo. Al boato, pompa y fantasía de los flamencos ha sucedido aquí una sencillez y acento de verdad, que impresionan luego. Aquel insigne realista pintó este cuadro en Sevilla, en 1618, cuando él contaba veinte años, y en éste y otros lienzos; señalaba su personalidad. No caracterizó tipos ideales, sino que hizo en cada personaje un retrato. Acaso la Virgen está pintada por la mujer del artista, el Niño Jesús, fajado con los brazos pegados



La Virgen y el Niño Jesús, cuadro de Murillo.

De Gómez de Tejada.  
Hagamos un pellico.—Al niño Dios,  
Que nace corderico.—Que vive pastor.  
(cico).  
Y muere por amor.  
Hagamos un pellico.—Al niño Dios.

## LA NOCHEBUENA DE UN JUDIO

Era un viernes por la noche, víspera de Navidad. La naturaleza toda tenía un aspecto de misterioso reposo y de tranquilidad serena. No se oían ni los gritos de los cuervos, ni el lejano aullido del lobo; todo en silencio y en calma parecía prepararse a un suceso misterioso, a la llegada de un huésped querido, a una gran alegría.

En la inmensa llanura no se veía más que a un ser viviente. Era un pobre judío polaco que se llamaba Rebb Abramovitch, y andaba todo lo deprisa que podía, figurándose que siempre se encontraba en el mismo sitio. En su rededor no hallaba más que sombra, nieve, frío, y mil pasos más allá, sombra, nieve y frío también.

Nada que se destacase en el plano inmenso de aquella llanura sin fin; ni un árbol, ni una casa, ni una miserable choza de pastores; la llanura, siempre la llanura.

Rebb Abramovitch se apresuraba, porque temía ver resplandecer en el cielo la estrella del sábado, esa estrella mensajera de paz y de alegría para los millares de infelices que han visto en otro tiempo florecer las rosas de Jericó y madurar los frutos de Chanaan, y que ahora, dispersos en las ciudades y en las aldeas de Rusia y de Polonia, viven en casa de tierra o se revuelcan en estrechas y oscuras tendecillas, compitiendo en sufriendo con las mercancías que guardan.

Pero Rebb no veía aún la estrella del sábado, aunque tal vez no la viera porque, como todo buen judío, sabía hacerse perdonar del Dios de Justicia, apelando al engaño; así cerraba los ojos, puesto que ningún capítulo del Talmud se lo prohibía, y apresuraba el paso.

Apesar de no ser Rebb más que un vendedor ambulante, cuyo talento no se empleaba más que en hacer pasar por finos corales falsos, y apesar de no tener más que un kaftán verde para los días de trabajo y las solemnidades, nadie como él sabía interpretar el Talmud y nadie le igualaba en la rigurosa práctica de los deberes religiosos. Jamás se le vio en un sábado fuera de su casa, día sagrado de oración y de recogimiento; en él, Rebb, se entregaba al cumplimiento de las piadosas obligaciones impuestas por la ley de Moisés, y todo desaparecía a sus ojos antes las esperanzas y los consuelos de la religión.

Pero aquel día, la nieve no se había contentado con cubrir la tierra, sino que lo había invadido todo. La inmensa llanura dormía sembrada de diamantes que fingía el hielo sobre la superficie nevada; cerca del camino, un arroyuelo helado brillaba como la plata; en el último término del horizonte, se distinguían los vagos contornos de un bosque; y Rebb, que veía todo esto, no se atrevía a dirigir al cielo una mirada inquieta, por miedo de ver resplandecer en él la estrella del sábado.

Por fin halló en su camino los nevados techos de una aldea silenciosa y tranquila, como bajo el influjo del sueño.

El infeliz judío no habitaba en ella, pero estaba seguro de encontrar entre sus muros correligionarios, y tener, por tanto, casa donde pasar en oración la noche.

Este pensamiento le llenó de alegría e instintivamente elevó los ojos al espacio.

Allá estaba, suspendida en la sombría bóveda del cielo, la estrella, la hermosa estrella del sábado, la mensajera de la noche de la paz y del amor, la que recuerda a los hijos de Israel el patrio suelo, la que anunció a los pastores y a los Reyes Magos el nacimiento del Salvador.

—El sábado comienza—dijo Rebb en voz baja.

Y como le era ya imposible continuar su camino, se acercó a las casas de la aldea, mirando si en sus puertas tenía alguna de ellas colgado un canutillo que contiene un capítulo del Antiguo Testamento, y que es signo infalible de que en aquella casa habita un judío.

De pronto, y al otro lado del camino vió un hermoso edificio, por cuyas ventanas se filtraba dulcemente la luz, y Rebb se detuvo pensando: «Esta debe ser una casa judía, porque brilla en ella la lámpara del sábado. Sus habitantes serán ricos, pero no por eso abandonarán a un hermano.» Y cobrando ánimo, atravesó el vestibulo y entró en una habitación diciendo: «Que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob os bendiga!»

Mas apenas pronunció estas palabras quedó helado de terror. Todas las personas que estaban en aquella habitación, le miraban asombrados y furiosos.

Un hermoso árbol de Navidad se alzaba en medio de la sala, cubierto de luces, cuyas oscilantes llamas hacían brillar las delicadas frutas, los juguetes de todas formas, los pasteles y confituras que pendían de las ramas del emblemático árbol, entretejando que, suspendida del techo, resplandecía una hermosa estrella.

Sentada en una butaca vió Rebb a una anciana de aspecto señorial, a la que rodeaban unos cuantos niños, nietos suyos seguramente, y cerca del árbol su hija, la dueña de la casa, daba órdenes a los criados, que iban de aquí para allá, con sus botas altas, y sus largas y pesadas pellicias, que recordaban los rigores de las estepas del Asia.

—¿Qué buscas aquí, judío?—le dijo la señora joven.—¡Marchate inmediatamente!

Rebb había comprendido demasiado su torpeza y no le extraño que le despidieran de modo tan brusco; algo más le extrañaba que no azuzaran contra él los perros; de suerte que, deseoso de verse fuera, saludó respetuosamente a la señora anciana, que le parecía una czarína, y se retiró marchando hacia atrás e inclinándose a cada paso.

Pero en el momento en que iba a salir, se le acercó un niño de unos nueve o diez años, robusto y hermoso. Las luces del árbol de Navidad arrancaban a sus cabellos reflejos dorados. El niño cogió la mano de Rebb, y le miró con sus grandes ojos azules. El infeliz judío no comprendía lo que le pasaba. Había leído muchas veces en los libros santos los capítulos consagrados a la descripción de las diferentes legiones de ángeles que pueblan el cielo; pero hasta entonces no había visto ninguno.

El niño le miraba siempre con sus ojos de un azul celeste, en los cuales se reflejaba esa poética tristeza de las almas privilegiadas, que adivinan por instinto, desde la niñez, que perseguirán en la

vida una dicha que no existe, una belleza que no encontrarán, una verdad siempre escondida, un amor que no es de este mundo.

—No te marches—le dijo el niño bajando los ojos.

—Déjale tú—repuso su madre con un tono de mal humor al ver la mano blanca de su hijo, sobre la rugosa y encallecida del judío.

Este, triste y reconocido, miraba al niño haciendo ademán de franquear la puerta.

Pero el niño se lo impidió.

—¿Por qué no puedes quedarte con nosotros?—preguntó como si por vez primera adivinara el abismo de la vida.—¿Qué mal nos ha hecho? ¿no ha nacido esta noche Dios para todos?

Y al decir esto, las lágrimas se asomaban a sus ojos y asía con sus manecitas el mugriento kaftán verde del judío.

Entonces todos los que en la habitación estaban, olvidaron por un momento los prejuicios y las intransigencias de sus ideas religiosas; la anciana hizo señas al judío de que se quedara, y la madre del niño le sonrió. Rebb sonreía también, sin acordarse de la ley del Talmud, que le prohibía continuar en casa de un cristiano y comer de sus alimentos.

Dejó caer su sombrero, arrimó a la pared su bastón y signió al niño, que le dirigía hacia el árbol de Navidad, empujando en que tomase algunas de sus golosinas. Rebb rehusaba agradeciéndoselo, pero el niño determinó llenarle de ellas sus bolsillos, los insondables bolsillos del kaftán verde.

Distribuidos los regalos entre la servidumbre, se dirigieron todos al comedor, donde estaba servida la cena, y el judío, en medio de aquella familia cristiana, comió de todo, olvidándose de la ley mosaica. El niño de los cabellos de oro estaba sentado a su lado y le servía; por eso Rebb creyó que el más santo de sus deberes era corresponder con su apetito a las solicitudes de aquel ángel, y ¡cosa rara! el pan con levadura no le ahogó.

Después de la cena, rodeando el árbol de Navidad, cantaron a coro los villancicos, y el judío escuchaba emocionado la voz del niño, que parecía flotar con alas de plata por encima de las otras voces; oyéndola, olvidóse aún más del mundo y de las severas leyes del Talmud.

Mas apenas se apagó la última nota de la canción, como si saliera de un sueño, recobró rápidamente el sombrero y el bastón y se dispuso a salir a buscar albergue en casa de un correligionario. El niño le detuvo una vez más, mirándole fijamente, pero el judío, dándole su beso a abrazarle, puso por fin su morena mano encima de su rubia cabeza y le bendijo.

Después salió corriendo. Las estrellas brillaban en el cielo, derramando sus fulgores sobre la nevada tierra. De todas las casas de la aldea, donde se celebraba el nacimiento del Salvador, salían los rumores de las canciones y podía creerse que los ángeles pasaban próximos a ellas cantando: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!»

Y he aquí como el judío Rebb Abramovitch celebró la fiesta de Navidad y conmemoró por vez primera el nacimiento de Cristo.

Sacher MASOCH.

## Nochebuena triste.

«Pobre niño... ¿Quién sería?... ¿Dónde se encendría su mal?... ¿Fue hermoso?... ¿Tenía hermanos?... Murio sin madre quizás?...»

«¿Quién sabe?... Va solo, solo, recorriendo la Ciudad... Ni una flor sobre la caja... Ni un ser del carro detrás...»

Nadie su pérdida llora: sólo, movida a piedad, lágrimas sobre el derrama la espesa niebla invernal.

Silba el viento, arrecia el frío, la tarde cayendo va; están las plazas desiertas, solas las calles están...

Sin embargo, por doquiera—raro contraste en verdad—suenan risas y cantares, que lleva el aire glacial.

Y se ven tras las vidrieras sombras que vienen y van de las luces al reflejo, de los cantos al compás.

En tanto el fúnebre carro sigue con pausado andar, siempre solo, siempre envuelto de la niebla en el cendal.

Es la fiesta de los niños; es la fiesta del hogar.

Nochebuena!... A su morada llega el padre con un haz de césped y de tomillo que prado y bosque serán cuando cubra el Nacimiento la ancha mesa de nogal;

corre la abuela llevando a un Melchor y a un Baltasar, que a ser de Efidias no fueran más admirados quizás;

el niño, que el año entero para ello ahorró con afán, compra la estrella de rabo que del techo colgará, y solamente se miran por todas partes pasar

rediles, chozas, ovejas, la pastora y el zagal, casas de cartón, molinos, Herodes de torva faz, y zambombas y rabeles y trompetas de metal.

¡Cuantas cabezas rubias ahora dichasas serán!

¡Cuantos juegos, cuantas risas, y cuanta felicidad!

Y luego, cuando el cansancio venga la fiesta a acabar, y los párpados se entornen bajo el beso maternal,

¡cuánto placer que gozará! ¡cuánto placer que gozará! Es el presente divino que todos los años da a los niños sus hermanos aquel Niño del Portal!

Un niño solo no canta; sólo un niño mudo está... ¡Tal vez no jugó en su vida ni vió a su madre jamás!

Tal vez pasó por el mundo sin saber—¡suerte fatal!—que hubiese una Nochebuena—noche de amor y de paz—y unos juguetes de barro y hasta un beso y un hogar...

Mientras otros niños juegan el de la Tierra se va...

Sigue cayendo la tarde, sigue el viento silbar; y sigue el carro su marcha solo, sin nadie detrás...

Los que queréis en el Cielo luminarias apagar y arrancar del alma humana toda fe de un «más allá», decidme, ¿llegó ese niño de su carrera al final?

El no gozó de los bienes que gozaron los demás; su vida fue—si eso es vida—naoer, sufrir, expiar...

Y luego... ¿nadá?... ¡imposible! ¡Fuera espantosa crueldad!

La luz nos viene de arriba, y hacia arriba no mirar es condenar a las almas a perpetua oscuridad.

Ese niño, como todos, su Nochebuena tendrá... Luz, besos, madre, venturas, cuanto aquí no pudo hallar, la justicia, que al fin llega, para el centuplicar.

Desheredados del mundo, no desmayéis... ¡esperad! que al cabo penas y goces se tienen que compensar, cuando El que todo lo rige sobre el bien y sobre el mal, pase el tímido raserio de la suprema igualdad.

Siguen zambomba y rabeles resonando sin cesar, sigue cerrando la noche húmeda, triste, glacial, y sigue el fúnebre carro a través de la ciudad, siempre solo, siempre envuelto, de la niebla en el cendal...

Niebla, sí, niebla delante: luz, luz muy viva, detrás.

Juan Antonio CAVESTANY

La Nochebuena en el Infierno

Hacia un frío siberiano, y estaba tendadora para pasar las últimas horas de la noche la cerrada habitación, la camilla con su tibia faldamenta que envuelve como copón acolchado y el muelle sofá de damasco rojo, donde el cuerpo encuentra mil posturas regladas en que digerir pacíficamente la sopa de almendra y la compota perfumada con canela en rama. Pero no asistir a la misa del Gallo en la Catedral! No oír los gorjeos del órgano mayor cuando difunde las notas trémulas de regocijos, del *Hosanna!* Nochebuena y quedarse así, egoístamente acurrucado al amor del brasero! No puede ser; ánimo, un abrigo, guantes, calzado fuerte... A la calle enseguida.

Bañada por la misteriosa claridad de la luna, la ciudad episcopal dormía. Extensas zonas de sombra y sábanas de infinita blancura argentada alternaban en las desiertas calles. Nunca éstas me habían parecido tan solitarias, tan fantásticamente viejas, ni tan adustos los cerrados caserones que ostentaban su blasón cual ostenta la venera

un caballero santiaguista, ni tan medrosos los soportarios que descansan en capiteles bizantinos.

El bullo embozado que a través de aquellos túneles de piedra se desliza a paso de fantasma, ¿no podrá ser? ¡Lo es sin duda! ¡Lo es! Siento que la sangre se congela en mis venas al observar cómo el bulto, saliendo de las tinieblas del soportal, se dirige a mí y se me pone delante, mudo, derecho, con un dedo apoyado en los labios. Olas de luz lunar le envuelven; y me permiten detallar su cara de cera, que recata el alto cuello de un *montecristo* azul, y las alas de un sombrero de fieltro caprichosamente abollado.

¡Yo conozco a este hombre... es decir, yo le conocí en otro tiempo, cuando era niño!... ¡Le vi un instante y nunca olvidé su melancolía y pensativa silueta! Entonces los estudiantes recitaban sus versos y celebraban sus dichos impregnados de mordaz ironía... Pero un año después de haberle visto yo, el poeta se pegó un tiro; la bala le entró por la oreja izquierda y le salió por la sien. ¿Cómo es que pasado cuatro lustros me lo encuentro en la calle, a estas horas, la noche del 24 de Diciembre, camino de la Catedral?

Quiero preguntárselo, y me sucede lo que cuando probamos a gritar en sueños: en mí laringe no se forman sonidos. El tampoco habla; me hace señas de que le siga... y le sigo en dirección de la Basílica.

En vez de entrar por el pórtico bizantino donde se agolpan los fieles que concurren a la misa nocturna, mi guía y yo nos pegamos al muro de la fachada nueva, y ante nosotros se abre sin ruido una puertecilla pintada de rojo, que yo siempre había visto cerrada. Un pasadizo estrecho, que se enrosca en las entrañas de piedra de la Catedral y se va sumiendo cada vez más abajo, se nos presenta, y mi fatidico guía se enhebra por él y yo voy en pos. Verdosas vegetaciones, humedad resumada por los poros de la cantería, dan a aquel pasadizo gran semejanza con el interior de los acueductos. Allá a lo lejos oscila una lucecilla, y diría-se que en vez de acercarnos a ella, la vemos cada vez más distante. Bajamos y bajamos cuevas, rampas, escalones casi insensibles al principio, después tan escabrosos y pendientes, que ya, más que bajar, creo rodar. La fatiga, y el susto me detienen un instante, y entonces mi guía, siempre callado, se vuelve y me hace señas de que continúe. Ya no son escalones, son despenaderos pedregosos, cantiles de berroquena, tajos inmensos, de donde amenazan desplomarse gigantescos pedruzcos, y luego una playa árida, escueta, límite de un mar pesado y acietoso, con olas de un gris de plomo fundido... A la izquierda divisábamos resplandores rojos intermitentes, como si algún incendio devorase el caserio de los pescadores de aquella ribera maldita.

—Oye, poeta, —digo a mi guía, que no da señales de detenerse, antes sigue en dirección del incendio:—no

quiero más. No sé a dónde me llevas, y contigo no voy tranquila. Debes ser alma del otro mundo, porque consta que el tiro fue mortal, y tu sepulcro, que lleva una inscripción enfática, se le enseña a los curiosos. No tengo preocupaciones, pero la broma ya me parece pesada. Te conjuro. Rezaré por ti... si me vuelves a la plaza de la Catedral.

—Para nada me sirven a mí los rezos,—contestó mi guía en voz serena y desesperada, voz de hielo, por decirlo así.—Ven conmigo, y no pidas guía mejor, que Virgilio por ti no ha de molestarte. Yo fui uno de los poetas menores del Parnaso romántico: la musa no me amaba lo bastante para hacerme inmortal, y quise ser inmortal desposando a mi musa con la muerte... ¡Ojalá detrás de esta no hubiese encontrado sino la nada!

Al hablar así el poeta no hacía con torsiones; su cara de busto de mármol no se descomponía ni se alteraba; sólo sus ojos me parecían apegados en un llanto que era fuego a la vez.

—¿Estás en el infierno?—pregunté con tanta piedad como asombro.

—Así le llamáis los vivos,—respondió el condenado.—Nosotros le llamamos *Mundo inferior*, y a su rey nombramos *Bajísimo*.

—¿Por oposición al *Altísimo*?—Sólo contestó con un suspiro el poeta.

—Pues yo no quiero tratarme con esa gente,—insisti viendo que de nuevo principiaba a andar mi guía.—Yo no tengo vocación de suicida. A mí la vida me parece amable, y Dios bueno, y sus obras perfectas; el arte me proporciona goces, la naturaleza me vivifica, creo en la amistad, me atraesandose el interés, y no tengo malo el estómago. Déjame de reproches. Déjame de fronteras donde sea genero de contrabando la esperanza.

—Si no descendieras al mundo inferior—contestó mi guía, mirándome de pies a cabeza con desden glacial—serás inferior tú misma. Quien no realiza la bajada a los infiernos, que no se tenga por artista humano. Pero para ti si retrocedes. Ya me sospechaba yo que tendrías miedo, y por eso elegí esta noche para traerte a la mansión del dolor. Para que veas como del mismo infierno, no está desterrada la piedad; te traigo a el la única noche del año en que no atormenta a los pecadores. ¿Ves cómo la roja luz de los hornos de hierro va palideciendo y transformándose en blanco fulgor sideral? ¿Ves cómo las llamas ya son luminarias? No es que el infierno se alegre del nacimiento de Cristo, porque en el infierno no cabe alegría; la pena de *sentido*, que es la tristeza, no se nos perdona jamás; pero esta noche se, interrumpe la de *daño*: los suplicios cesan, y cesan también los aullidos, el rechinar de dientes, el rugir y el maldecir. Ven sin temor.

—No, ves, allá a lo lejos, en el último confin de ese mar de metal antes candente, una claridad casi impercep-

tible, que tan pronto ríela como se apaga? Es el último reflejo de la estrellita de Belén... que alumbra otros parajes menos horribles. Hasta el amanecer cesará de ríelar, y mientras ríele, mal que le pese al Bajísimo, sus verdugos no podrán torturarnos.

—Entra sin miedo... Te creerás en el mundo terrestre, porque sólo verás tristezas y amargura; pero no entrarás arrancadas y pies tostados por el fuego...

Como si no dudase de mi aqueciencia, echó delante y, en efecto, le seguí animosa, sintiendo despertarse ya la curiosidad inextinguible. Cruzamos la puerta sombría con su lema obscuro y vi desde el primer momento que el poeta menor no me había engañado. Aquello, si era infierno, no lo parecía. Nadie se lamentaba por allí. A la puerta se agrupaban los indiferentes; los conocí por su actitud, mas no le importaban ayispas ni moscones. Mas adelante los culpables por pasión no graban en tremendo molino a través del negro ambiente inmoviles, divididos en parejas, se miraban con ansia infinita.

El recio aguacero y el duro granizo no azotaba las espaldas de los golosos, y los avaros reposaban sentados en los ingentes penascos que sin cesar se les obliga a subir por cuevas y asperezas, empujándolos con el misero pecho donde no halló cabida la generosidad. Apagadas las brasas de fuego ó braseros donde los epicúreos materialistas y herejes sufren el castigo de sus errores netandos, los achicharrados respiraban, y su carne retraída y que descubría el hueso, demostraba la violencia del atroz suplicio. Por el suelo vi trozos humanos, fragmentos del despedazado tronco de los violentos é iracundos, que pugnaban por juntarse aprovechando la breve tregua de horas; los hombros, las manos descepaadas se adherían al brazo otra vez. Al pasar por la sombría selvas de árboles vivientes, mi guía se volvió y me miró con un dolor tan intenso, tan altivo, tan insondable, que recordé... Los suicidas son los que sufren la pena, y los que desgarrados perfectamente por implacables lenadores, acogen entre sus dolientes ramas, por donde circula la requemada sangre, a las arpias vengadoras.

Mas a la sazón los horribles monstruos habían desaparecido. En la seiva no resonaban quejidos de agonía. El infierno descansaba. Preste oído... Ni un sollozo.

Con todo, juraría que allá, en un rincón... ¿Me equivoco? No; alguien gime; alguien se retuerce; alguien profiere imprecaciones y maldice la hora en que su madre le echó al mundo.

—Poeta—, le dije—me has mentido. Sácame de aquí. Están atormentando... No quiero oír ni ver... Sácame a la luz; me angustia esa queja tan dolorosa.

—Tienes razón, se me olvidó avisarte,—declaró el poeta.—Es cierto que atormentan a uno... el único... la excepción... Le fustigan con varas de



La huida a Egipto, cuadro de H. Prell.



# ALMACENES SAN JOSÉ

REYES CATÓLICOS, 25.

Primera casa en género blanco, género de punto y ropa para cama y mesa.

Especialidad para equipos de novia y ropa interior.

Género negro para señora y lutos, velos, mantos y mantillas de blonda.

La especial organización de esta casa, única en Granada, es la mejor garantía para los compradores.

El precio es fijo seriamente y la venta al contado sin excepción, lo que le permite vender más barato todos sus géneros y ceder los mayores beneficios al comprador. Uno de los importantes beneficios es el poder reintegrarse del importe de sus compras durante el año.

## El reintegro del importe de las compras.

De todas las ventas que se hacen en esta casa se entrega un *ticket* numerado, que expresa á la vez la cantidad pagada, y si los números de estos *tickets* están comprendidos en la *decena* del número á que corresponde el premio mayor de cualquiera de los sorteos del año de la Lotería Nacional, se devuelve en efectivo el importe total de las compras.

Como el derecho al reintegro subsiste para todos los sorteos del año, hay grandes probabilidades de conseguirlo, como lo justifican las muchas familias que frecuentemente se reintegran de las compras realizadas.

Por este medio puede comprarse **de balde** hasta el equipo de novia, por importante que sea.

A todas las familias les conviene comprar siempre en esta casa, para comprar bien, sin molestias y de balde en los casos convenidos.

Grandes surtidos en géneros de utilidad y necesidad constante.

Depósito de Cobertores de lana de Antequera y de Palma de Mallorca

en todas las clases, todos los tamaños y todos los precios.

Cobertores para cama de persona, á 5, 6, 7, 8, 10, 12, 14, 16, 18 y 20 pesetas.

Cobertores para cama de matrimonio, á 12, 14, 16, 18, 20, 22, 24, 26, 28 y 30 pesetas.

Cobertores de fantasía y bordados para matrimonio, á 28, 30, 35, 40, 50, y 68 pesetas.

Edredones para cama, á 14, 16, 20, 25, 30, 35, 45, 65, 80, 100, 110 y 130 pesetas.

Franelas piqué para vestidos de señora y camisas de hombre, á 0'50, 0'75, 0'80, 1, 1'25, 1'50, 2, 2'25 y 2'50 pesetas.

Pañetes de lana finos para vestidos y abrigos de señora y de niños, doble ancho, á 2, 2'50, 3, 3'50 y 4 pesetas.

Pañetes para faldas de camilla bordados y lisos, á 0'80, 1'50, 2, 2'25, 2'50, 3 y 4 pesetas.

Chales de felpa de seda y de lana, gran surtido en negros y colores, á 10, 12, 14, 16, 20, 26, 30, 35, 40, 45 y 50 pesetas.

Toquillas de rica lana tamaños grandes, gran surtido, á 2, 2'50, 3, 3'50, 4, 4'50, 5, 5'50, 6, 6'50 y 7 pesetas.

Capas de punto y bordadas para niños y señora, á 1, 1'50, 2, 4, 5, 6, 8, 10, 12, 14 y 16 pesetas.

Cuanto se quiera en blusas de punto, figaros, japonesas, gabanes, echarpes, nubes, refajos, sayas, faldas, portieres, tapetes de alfombra para el suelo, tapetes de mesa y camilla, cortinas, extores, visillos, mantas de viaje y mantones de abrigo.

Extraordinario surtido en camisetas, pantalones, trajes interiores, jersey, toreras, cubrecorsés, chalecos de Bayona, medias, calcetines, bufandas y cuanto se desee en género de punto para hombre, para señora y para niños.

Miraguano para colchones y edredones, más higiénico que la lana, á 4'50 pesetas el kilo.

## ALMACENES SAN JOSÉ. - Dirección: Federico Ortega. - Granada.

**NOTA.**—Como la venta es rigurosamente al contado, no se sirve ningún pedido que no venga acompañado de su importe, ni se admite la devolución de género después de verificado el primer sorteo para su reintegro.